



¿QUIÉN MATÓ A EFIALTES?

EMILIO CAMPANY

¡AMÁS AEDNA!
ESTUVO TAN CERCA DEL CAOS
COMO DURANTE AQUELLOS DÍAS
EN LOS QUE SE INVESTIGABA
EL ASESINATO DE EFIALTES,
JEFE DEL PUEBLO

¿QUIÉN MATÓ A EFIALTES?

Emilio Campmany

¿QUIÉN MATÓ A EFIALTES?



ciudadelalibros

Madrid, 2011

Primera edición: octubre de 2011

© Emilio Campmany Bermejo, 2011

© De la presente edición:
Ciudadela Libros, S. L.
C/ López de Hoyos, 327
28043 Madrid
Teléf.: 91 1859800
www.ciudadela.es

Distribuido en México por:
Rodinia Ediciones México S.A. de C.V.
Tel.: (55) 52823637
info@ciudadela.mx

Diseño e ilustración de cubierta: Opalworks.

ISBN: ISBN: 978-84-96836-90-7
Depósito legal: M-35.447-2011

Impresión y encuadernación: Cofás

Impreso en España — *Printed in Spain*

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier tipo de soporte o medio, actual o futuro, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Cristina.

Con el aumento de la plebe, llegó a ser jefe del pueblo Efiltes, hijo de Sofónides, tenido por incorruptible y justo para el régimen (...), asesinado traidoramente no mucho tiempo después por Aristódico de Tanagra.

ARISTÓTELES

Constitución de los atenienses, 25, 1 y 4



Y

o, Esteságoras de Atenas, escribí mi historia probablemente unos días antes de mi muerte. Aún no he empezado a sentir el calor en la cabeza ni la inflamación y enrojecimiento de los ojos, que son los síntomas con los que la terrible enfermedad se presenta. Pero todos los míos, familia y amigos, han fallecido y ya sólo quedamos Magnesia y yo. No veo razón para que la peste, que es capaz de anidar firmemente en cuerpos jóvenes y robustos, haya de respetarnos a ella y a mí, que somos viejos y estamos achacosos. Presiento, pues, que tengo poco tiempo para hacer lo que debiera haber hecho antes de dar lugar a tener que hacerlo con esta urgencia. Ahora que la muerte ronda mi casa como una zorra rondaría mi corral; ahora que Láquesis quiere cortar el hilo de mi vida; ahora que los dioses se han decidido a castigar nuestras impiedades; ahora que las Ceres se enseñorean de la ciudad; ahora que casi todo carece de importancia, enclaustrado como estoy en la cueva de mi corazón, tomo la pluma y escribo. Más allá de mi puerta, la plaga campea por todas las calles de Atenas y nadie, rico o pobre, bello o monstruoso, viejo o joven, está libre de la peste que un ya lejano día pronosticara el oráculo. Sólo ahora me he decidido a escribir, cuando la muerte se presenta ante mí, apremiándome. Y es que sólo ella tiene la fuerza necesaria para plantarme frente a mi obligación, el insoslayable deber de dar a conocer a los hombres del tiempo futuro estos hechos que, como todos los relevantes, han de conformar sus vidas, ya que no es posible saber lo que se es sin conocer lo que se ha sido.

Tanta es hoy la carestía en Atenas, que me veo obligado a escribir en un rollo de magnífico papiro, cuyo exclusivo destino debería haber sido recoger las hazañas de los aqueos a los pies de los muros de Troya. Ahora recogerá igualmente, en su reverso, mis palabras, tanto menos nobles cuanto más ciertas. Cantará así mi historia, retazos de un pequeño pero trascendental episodio, que en el mañana habrá de conocerse como hoy se conocen las gestas de Aquiles y los engaños de Ulises. En mi relato abundarán los engaños realizados por hombres tan astutos y pérfidos como lo fue el rey de Ítaca y escasearán las gestas porque, para desgracia de la Hélade, los griegos nos hemos acostumbrado a mentir al tiempo que hemos olvidado atender a nuestro honor. Tenga a bien Clío guiarme por el laberinto de mis recuerdos y acierte a no permitir que me aparte del camino de la verdad.

I

Hace más de treinta años, cuando apenas habían transcurrido diecisiete desde que los medos se retiraron de Europa, vencidos por mar y por tierra por los griegos, hacía ya tiempo que había yo dejado de ser efebo y apenas me acordaba de los veranos en que los hombres importantes de Atenas visitaban la palestra con la exclusiva finalidad de admirar mi cuerpo. Ahora ya nada queda en mí de aquella lozanía y de aquel brillo. Pero en el tiempo en que comienza mi narración, todavía era capaz de suscitar la admiración de hombres y mujeres.

Aquel día aciago amaneció con un gran sol, como si Zeus hubiera querido engañarnos y deslumbrarnos para ocultarnos los signos que anunciaban terribles acontecimientos. Muchos, no obstante, recordarían, luego de acontecida la tragedia, haber visto una bandada de grajos revolotear por la acrópolis durante la mañana. Aquel día, digo, fui temprano al ágora. Hacía unos meses que había llegado Parménides de Elea a la ciudad. Llegó acompañado de su discípulo Zenón. Andaba yo deseoso de aprovechar toda ocasión que se presentara de recibir las enseñanzas de cualquiera de los dos. En el cuerpo del maestro habían comenzado a mostrarse los odiosos signos de la vejez, aunque su mente gozaba todavía de la agilidad de una liebre de Tesalia. Hoy tengo a Parménides por un filósofo superior a Zenón, pero entonces fue éste quien atrajo más mi atención. En mi estupidez, espero que fruto de mis pocos años y no de una idiocia congénita, me resultaba fácilmente aceptable, y no especialmente digno de admiración, que un hombre veinticinco años mayor que yo

fuera infinitamente más sabio. Y, en cambio, no entendía que otro de mi misma edad fuera capaz de enredarme en la maraña de sus argumentos. Recuerdo indeleble de mi estulticia es la pequeña cicatriz que aún hoy percibo debajo de mi lengua, huella que ha quedado de la herida que me hice con mis propios dientes. Ocurrió que, al final de uno de los discursos de Zenón, quedé embelesado y continué mirándole con la boca tan abierta, que ésta pareciera la cueva de Polifemo. Mi amigo Megaristo, al verme así, pasado como estaba, no pudo evitar la tentación de cerrármela con un golpe seco de su codo en mi barbilla. Me mordí y empecé a sangrar. El dolor me sustrajo del ensimismamiento.

Pues bien, aquel día me dirigí temprano al ágora a buscar el corro, siempre numeroso y heterogéneo, que habitualmente se formaba alrededor de Zenón. A éste le gustaba impartir sus enseñanzas en la estoa Pécile, los soportales más modernos del ágora en aquel tiempo y que son, aún hoy, los más cómodos de todos los que se encuentran en Atenas, pues están orientados al mediodía. Allí el ambiente es propicio a la filosofía, alimentada la vista y apaciguado el espíritu por las bellas pinturas de Polignoto y Micón, que representan las hazañas de los héroes de Atenas. Llegué a tiempo y empezó Zenón su discurso cuando los que le rodeábamos hubimos quedado en silencio. Explicó el filósofo aquel día, entre la fascinación de los más jóvenes y el asombro de los más viejos, que nada hay de lo que debamos desconfiar más que de nuestros propios sentidos, los mayores enemigos de la razón. Y esto, según él, se podía comprobar fácilmente pues, tal y como enseguida demostraría, el sonido no existe.

-¿Cómo es que el sonido no existe si, cuando se produce, yo lo escucho tal y como escucho ahora tus estupideces? - dijo uno de los más próximos al sabio.

Zenón no se inmutó ante el insulto y comenzó a discurrir:

-¿Estás seguro de que me oyes? dijo el filósofo dirigiéndose al que había puesto en duda su afirmación.

Tan seguro estoy de ello como de que el sol salió esta mañana -contestó.

Luego comenzó el maestro una de las exhibiciones que tan famoso le han hecho.

Entonces, ¿serías capaz de oír el ruido de un grano de mijo al caer?

cualquiera que no sea sordo puede oír perfectamente el ruido de un grano de mijo al caer -dijo el hombre con suficiencia.

-¿Y medio grano? ¿Serías capaz de oír el ruido que hace medio grano de mijo al caer al suelo?

-Supongo que sí, que sería capaz de oír el ruido de medio grano de mijo al caer.

Los que le rodeábamos dirigimos nuestra mirada al maestro con un gesto entre desilusionado y expectante. Pero Zenón se mostraba seguro:

-¿Y la mitad de medio grano? ¿También oirías el ruido que hace la mitad de medio grano de mijo al caer?

El espontáneo polemista dudó. Luego nos pareció que iba a decir que sí, pero antes de que pudiera hacerlo, la pequeña multitud que habíamos llegado a ser gritamos:

-No, no, no...

Zenón echó el cuerpo hacia atrás mostrando su satisfacción, en un signo inequívoco del que se tiene ya por triunfador:

-¿Lo ves? Si la mitad de medio grano de mijo al caer no hace ruido, es decir, su sonido es igual a cero, la suma de varias mitades de medio grano de mijo al caer ha de ser también igual a cero. Conclusión: un saco lleno de granos de mijo no hace ningún ruido al caer.

Todos le miramos asombrados. Él, por su parte, dejó que estrujáramos nuestros sesos tratando de descubrir donde se escondía la trampa, pues no podíamos dar por bueno que el saco de granos de mijo no hace ruido al caer cuando es obvio que lo hace. Pasados unos instantes, alguien sintió la necesidad de recordarlo:

-Pero lo cierto es que el saco de granos de mijo ¡sí hace ruido cuando cae al suelo!

Zenón sonrió entonces con picardía:

-Si el saco de granos de mijo hace ruido al caer y, sin embargo, las distintas mitades de medio grano de mijo que lo integran no lo hacen, ¿qué ha de significar semejante contradicción?

Nos habíamos quedado sin respuestas, así que continuó él:

-¿Qué significa que la suma de varias cosas, que no producen ruido, lo hace?

Nuevo silencio.

-Sencillamente, significa que el sonido no existe. Es una invención caprichosa de nuestros sentidos. Ahora lo hay, ahora no lo hay; ahora se escucha, ahora no se escucha. El sonido se comporta irracionalmente y nada que no se atenga a la razón puede tenerse por real ni darse por hecha su existencia.

Cuando ya estábamos todos convencidos de que el sonido no existía y que, por tanto, carecía de sentido tomar ninguna precaución ante cualquier estruendo que escucháramos a nuestra espalda, Zenón se sonrió y luego, abiertamente, comenzó a carcajearse con escándalo:

-No habéis entendido nada. Absolutamente nada. Probablemente, la mitad de medio grano de mijo al caer hace alguna clase de ruido, pero nosotros no somos capaces de oírlo. Sólo podemos percibir la suma de esos pequeñísimos ruidos, pero no cada uno de ellos aisladamente. Si varias mitades de medio grano de mijo caen sucesivamente hasta completar el saco, nada oiremos; pero, si cae el saco completo, escucharemos perfectamente el ruido que hace al caer. Y esto ¿qué significa?

Ulterior silencio entre el auditorio.

-Significa -continuó Zenón- que no podemos fiarnos de nuestros sentidos. Es posible que el sonido exista, pero no podemos oír todos los sonidos que existen. Es posible que el sonido no exista y que no sea más que una invención de nuestros sentidos. La conclusión es: no podemos aceptar nunca como definitiva la información que nos suministran nuestros sentidos. Fiaros sólo de la razón. La razón no os engañará nunca.

Y, mientras lo decía, se señalaba con el índice la cabeza para ilustrar sus palabras. Aquel día tuvimos suerte porque, la mayoría de las veces, Zenón no se tomaba la molestia, como había hecho en aquélla, de retirar sus redes. De costumbre, nos dejaba allí, debatiéndonos inútilmente, tal y como hacen los peces cuando salen del mar enredados unos con otros en las mallas de los pescadores. Y así quedamos cuando nos explicó cómo el pélide Aquiles es incapaz de alcanzar a la tortuga o cómo la flecha nunca llega a su destino, lo que demuestra, entonces, según él,

que el que no existe en esta ocasión, en vez del sonido, es el movimiento.

Aquel día, en el que por primera vez escuché de los labios de Zenón la aporía del grano de mijo, estaba él recogiendo los óbolos que sus pasmados oyentes quisimos darle cuando vimos cómo se acercaban hacia nosotros los que hacía poco se habían convertido en los dos hombres más importantes de Atenas. Efiltes andaba de forma desgarrada, descalzo, como los esclavos, arrastrando los pies, levantando con ellos más polvo que el carro de Aquiles cuando tiraba del cadáver de Héctor ante las murallas de Troya. Desaliñado, casi sucio, su rostro parecía el de un campesino ático, de nariz chata y labios prominentes. Se apreciaba que no le gustaba frecuentar al barbero y cualquiera que no le conociera jamás habría sospechado el poder que acumulaban sus manos. Pero Efiltes, aunque no pertenecía a una familia aristocrática, disponía de considerables rentas, que le hubieran permitido calzar unas buenas sandalias e ir adecuadamente aseado. Los que éramos sus adversarios políticos, los aristócratas atenienses, pensábamos que la poca atención que prestaba a su aspecto era debida, no a la indolencia o a la falta de educación, sino al propósito de que, con los pies desnudos y el vestido an drajoso, el demos lo percibiera como alguien próximo y familiar, a la par que despegado de los lujos de que disfrutaban los aristócratas. ¡Qué verdad es que idénticas costumbres, como la de llevar los pies descalzos, en hombres diferentes son consecuencia de muy diferentes actitudes! Muchos años después de aquel día nefasto conocí a un hombre que, como Efiltes, tiene por norma no utilizar sandalias ni clase alguna de calzado. Pero, lo que en Sócrates es sobriedad, en Efiltes era teatralidad; lo que en aquél es sabiduría, en éste era únicamente apariencia.

A Efiltes le acompañaba Pericles, que andaba garbosamente, con el mentón apuntando al cielo en la típica actitud orgullosa que ha caracterizado siempre a los miembros

de su familia, los Alcmeónidas. Los labios finos, la nariz recta, los ojos grandes, la frente altiva, todo en él rebosaba nobleza y gallardía. Una sobria túnica larga de lino, discreta, pero de calidad, le daba el clásico aspecto del aristócrata orgulloso y elegante de Atenas. Caminaba con pasos largos y pausados, saludando con un leve gesto de la cabeza a todo el que conocía. Incluso un bárbaro se hubiera dado cuenta de la superior nobleza de Pericles. ¡Y dicen los demócratas que tanto da ser de una familia que de otra! No se percatan de que la diferencia no está, lógicamente, en el lugar donde se nace, sino en la diferente educación que se recibe según se ve la luz en uno o en otro ambiente. Entre nosotros se aprende el orgullo de ser quien se es y entre ellos sólo se atiende a pasar lo mejor posible, sin consideración a lo que se representa ni a lo que se es, únicamente preocupados de cómo se está, de modo y manera que el sacrificio se asume solamente para estar a la postre mejor y nunca con el exclusivo fin de ser mejor. Efiltes no andaba descalzo porque así lo exigiera su sentido de la dignidad, sino para asegurarse el favor del demos. Pericles, al menos, tiene la dignidad de presentarse tal cual es: un noble ateniense.

Por aquel tiempo, y desde hacía ya muchos meses, Efiltes y Pericles, tan distintos en tantas cosas, se habían hecho inseparables. Al poco de iniciarse esta extraña amistad, después de hacerse evidente que Pericles, renegando de su clase, prefería encuadrarse dentro del partido democrático, algunos de los que nos identificábamos con el partido oligárquico creímos que la proximidad de un aristócrata a Efiltes serviría, cuando menos, para moderar su brutal instinto subversivo. Pensamos que un noble capaz de influir en las decisiones de Efiltes nunca permitiría que éste fuera demasiado lejos en sus insensatas reformas. Sin embargo, en aquellos días en que Zenón se ganaba la admiración de los ciudadanos atenienses, estábamos empezando a convencernos de que nos habíamos equivocado con Pericles. Nada hizo para impedir el ostracismo de

Cimón, el hombre más querido de Atenas; tampoco hizo nada por evitar que el Consejo del Areópago fuera privado de la mayoría de sus prerrogativas. Esta última fue una medida extraordinariamente grave porque el Areópago era el único órgano en el que la voz de los aristócratas prevalecía y su control nos había permitido hasta entonces impedir que las decisiones más equivocadas, por apresuradas, de la Asamblea pudieran llegar a ser desarrolladas. Es verdad que, formalmente, nunca tuvo el Areópago la función de controlar a la Asamblea y sí la de ser guardián de las leyes, esto es, la de ser algo así como un tribunal encargado de juzgar, no las conductas de los hombres, sino sus decisiones políticas. Su misión era la de revocar aquellas que fueran tenidas contrarias a nuestras leyes tradicionales, las que la ciudad se dio con ocasión de las reformas de Clístenes cincuenta años antes, cuando fue expulsado el último tirano de Atenas. Y no es menos cierto que el Areópago, en muchas ocasiones, abusó de la función que le estaba encomendada utilizándola para revocar decisiones que no eran abiertamente contrarias a las leyes, pero sí excesivas, peligrosas o simplemente opuestas a los intereses de la ciudad. Pero, con todo, el Areópago era un eficaz freno a la temida demagogia, ante la cual los despreocupados ciudadanos atenienses carecían de defensa. Efiltes, con sus reformas, suprimió este freno y Atenas tomó decididamente, ante la lamentable indiferencia de un aristócrata como Pericles, el camino hacia su propia destrucción.

Los argumentos utilizados por Efiltes fueron un paradigma de retórica demagógica. Según él, desde que los tiranos pisitrátidas habían sido expulsados, habíamos cubierto los atenienses un largo camino cuajado de dificultades y de heroísmo para terminar cayendo en una tiranía de peor condición por estar disfrazada con un manto de democracia aparente. Su conclusión fue que en realidad Atenas estaba siendo gobernada por la tiranía de la oligarquía ateniense, ejercida a través de su órgano más signi-